

Introducción a la semana

Durante toda la semana se utilizará la lectura continua. Puede que el sábado, Presentación de María en el templo, se utilicen algunas lecturas referidas a María. Las primeras lecturas están tomadas del primer libro de los Macabeos. Libro escrito siglo y medio antes de Cristo, expone, sobre una base de relatos de tipo históricos, que el pueblo sólo se salva unido a su fe en Iahvé y en el culto correspondiente: Los males le vienen por apartarse de su Dios y los bienes por defender su causa. Los textos evangélicos de san Lucas muestran diversas enseñanzas. Todas de máxima relevancia: la fe que cura, la salvación que se extiende a lo que se juzgaba perdido, el publicano; la necesidad de que los bienes recibidos de Dios se pongan al servicio de los demás; la reverencia al templo, no su manipulación para hacer negocios; las relaciones humanas en la vida futura. Estamos terminando el ciclo y despidiéndonos de la lectura continua del evangelio de san Lucas. Da gusto leer su versión del evangelio. Se entiende y perfectamente aplicable.

Lun

16

Nov

2009

Evangelio del día

Trigésima tercera semana del Tiempo Ordinario - Año Impar

“Recobra la vista, tu fe te ha curado.”

Primera lectura

Lectura del primer libro de los Macabeos 1,10-15.41-43.54-57.62-64

En aquellos días, brotó un vástago perverso Antíoco Epífanés, hijo del rey Antíoco. Había estado en Roma como rehén y subió al trono el año ciento treinta y siete de la era selúcida.

Por entonces surgieron en Israel hijos apóstatas que convencieron a muchos:

«Vayamos y pactemos con las naciones vecinas, pues desde que que nos hemos aislado de ellas nos han venido muchas desgracias».

Les gustó la propuesta y algunos del pueblo decidieron acudir al rey.

El rey les autorizó a adoptar la legislación pagana; y entonces, acomodándose a las costumbres de los gentiles, construyeron en Jerusalén un gimnasio, disimularon la circuncisión, apostataron de la alianza santa, se asociaron a los gentiles y se vendieron para hacer el mal.

El rey decretó la unidad nacional para todos los súbditos de su reino, obligando a cada uno a abandonar la legislación propia. Todas las naciones acataron la orden del rey e incluso muchos israelitas adoptaron la religión oficial: ofrecieron sacrificios a los ídolos y profanaron el sábado.

El día quince de casleu del año ciento cuarenta y cinco, el rey Antíoco mandó poner sobre el altar de los holocaustos la abominación de la desolación; y fueron poniendo aras por todas las poblaciones judías del contorno.

Quemaban incienso ante las puertas de las casas y en las plazas. Rasgaban y echaban al fuego los libros de la ley que encontraban; al que le descubrían en casa un libro de la Alianza, y a quien vivía de acuerdo con la ley, lo ajusticiaban según el decreto real.

Pero hubo muchos israelitas que resistieron, haciendo el firme propósito de no comer alimentos impuros. Prefirieron la muerte antes que contaminarse con aquellos alimentos y profanar la Alianza Santa. Y murieron.

Una cólera terrible se abatió sobre Israel.

Salmo de hoy

Sal 118,53.61.134.150.155.158 R/. Dame vida, Señor, para que conserve tus preceptos.

Sentí indignación ante los malvados,
que abandonan tu ley. R/.

Los lazos de los malvados me envuelven,
pero no olvido tu ley. R/.

Líbrame de la opresión de los hombres,
y guardaré tus mandatos. R/.

Ya se acercan mis inicuos perseguidores,
están lejos de tu ley. R/.

La salvación está lejos de los malvados

que no buscan tus decretos. R/.

Viendo a los renegados, sentí asco,
porque no guardan tus palabras. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 18,35-43

Cuando se acercaba Jesús a Jericó, había un ciego sentado al borde del camino pidiendo limosna. Al oír que pasaba gente, preguntaba qué era aquello; y le informaron:

«Pasa Jesús el Nazareno».

Entonces empezó a gritar:

«¡Jesús, hijo de David, ten compasión de mí!».

Los que iban delante lo regañaban para que se callara, pero él gritaba más fuerte:

«Hijo de David, ten compasión de mí!».

Jesús se paró y mandó que se lo trajeran.

Cuando estuvo cerca, le preguntó:

«¿Qué quieres que haga por ti?».

Él dijo:

«Señor, que recobre la vista».

Jesús le dijo:

«Recobra la vista, tu fe te ha salvado».

Y enseguida recobró la vista y lo seguía, glorificando a Dios. Y todo el pueblo, al ver esto, alabó a Dios.

Reflexión del Evangelio de hoy

Los que regañaban al ciego porque el ciego gritaba pidiendo compasión a Jesús, hubieron de cambiar de actitud cuando oyeron que Jesús decía "llamadlo". Ahora son ellos los que en vez de regañarle, le dan ánimo y le invitan a que se acerque a Jesús. El ciego "soltó el manto, dio un salto y se acercó a Jesús". Ánimo no le faltaba, y le sobraba fe en lo que Jesús podía hacer por él. Expone ante Jesús su deseo: poder ver. Jesús atribuye a su fe la curación: "anda tu fe te ha curado".

Los pasos para lograr ver. Paso que hemos de dar, sobre todo en momentos de cierta ceguera, de pérdida del sentido del existir, cuando buscamos luz que nos oriente en medio de tinieblas o al menos de densas nieblas.

En el texto evangélico los pasos se han ido sucediendo: 1º tener conciencia de la ceguera; 2º sentir el paso de Jesús; 3º atreverse a hacerse oír en medio del gentío; 4º despreocuparse de los que quieren apartarle de él; 5º escuchar a los cercanos a Jesús que le invitan a que se levante y se acerque a él; 6º levantarse con decisión y plena confianza en Jesús y acercarse a él; 7º oír a Jesús que le dice que su fe en él tiene un premio, la vista, verse curado; 8º seguir a Jesús glorificando a Dios.

Ese acto de fe tendrá un premio, seremos curados, se nos iluminará la mente, veremos el sentido de nuestro existir, experimentaremos que merece la pena apostar por Jesús y su evangelio; seguirle con alegría y decisión, porque veremos, nuestros ojos se levantarán de la tierra, de las preocupaciones que nos atan a tener más cosas o más poder, para mirar a quien nos hace ser más.



Fray Juan José de León Lastra O.P.
Convento de Santo Domingo (Oviedo)

Mar

17 Evangelio del día

Nov

2009

Trigésima tercera semana del Tiempo Ordinario - Año Impar

“El Hijo del hombre ha venido a buscar y a salvar lo que estaba perdido.”

Primera lectura

Lectura del segundo libro de los Macabeos 6,18-31

En aquellos días, Eleazar era uno de los principales maestros de la Ley, hombre de edad avanzada y semblante muy digno. Le abrían la boca a la fuerza para que comiera carne de cerdo.

Pero él, prefiriendo una muerte honrosa a una vida de infamia, escupió la carne y avanzó voluntariamente al suplicio, como deben

hacer los que son constantes en rechazar manjares prohibidos, aun a costa de la vida.

Quienes presidían este impío banquete, viejos amigos de Eleazar, movidos por una compasión ilegítima, lo llevaron aparte y le propusieron que hiciera traer carne permitida, preparada por él mismo, y que la comiera haciendo como que comía la carne del sacrificio ordenado por el rey, para que así se librara de la muerte y, dada su antigua amistad, lo trataran con consideración.

Pero él, adoptando una actitud cortés, digna de sus años, de su noble ancianidad, de sus canas honradas e ilustres, de su conducta intachable desde niño y, sobre todo, digna de la ley santa dada por Dios, respondió coherentemente, diciendo enseguida:

«¡Enviadme al sepulcro! No es digno de mi edad ese engaño. Van a creer los jóvenes que Eleazar a los noventa años ha apostatado y si miento por un poco de vida que me queda se van a extraviar con mi mal ejemplo. Eso sería manchar e infamar mi vejez. Y aunque de momento me librase del castigo de los hombres, no me libraría de la mano del Omnipotente, ni vivo ni muerto. Si muero ahora como un valiente, me mostraré digno de mis años y legaré a los jóvenes un noble ejemplo, para que aprendan a arrostrar voluntariamente una muerte noble, por amor a nuestra santa y venerable ley».

Dicho esto, se fue enseguida al suplicio.

Los que lo llevaban, considerando insensatas las palabras que acababa de pronunciar, cambiaron en dureza su actitud benévola de poco antes.

Pero él, a punto de morir a causa de los golpes, dijo entre suspiros:

«Bien sabe el Señor, dueño de la ciencia santa, que, pudiendo librarme de la muerte, aguanto en mi cuerpo los crueles dolores de la flagelación, y que en mi alma los sufro con gusto por temor de él».

De esta manera terminó su vida, dejando no solo a los jóvenes, sino a la mayoría de la nación, un ejemplo memorable de heroísmo y de virtud.

Salmo de hoy

Sal 3,2-3.4-5.6-7 R/. El Señor me sostiene

Señor, cuántos son mis enemigos,
cuántos se levantan contra mí;
cuántos dicen de mí:
«Ya no lo protege Dios». R/.

Pero tú, Señor, eres mi escudo y mi gloria,
tú mantienes alta mi cabeza.
Si grito invocando al Señor,
él me escucha desde su monte santo. R/.

Puedo acostarme y dormir y despertar:
el Señor me sostiene.
No temeré al pueblo innumerable
que acampa a mi alrededor.
Levántate, Señor; sálvame, Dios mío. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 19, 1-10

En aquel tiempo, Jesús entró en Jericó e iba atravesando la ciudad.

En esto, un hombre llamado Zaqueo, jefe de publicanos y rico, trataba de ver quién era Jesús, pero no lo lograba a causa del gentío, porque era pequeño de estatura. Corriendo más adelante, se subió a un sicomoro para verlo, porque tenía que pasar por allí.

Jesús, al llegar a aquel sitio, levantó los ojos y le dijo:

«Zaqueo, date prisa y baja, porque es necesario que hoy me quede en tu casa».

Él se dio prisa en bajar y lo recibió muy contento.

Al ver esto, todos murmuraban diciendo:

«Ha entrado a hospedarse en casa de un pecador».

Pero Zaqueo, de pie, dijo al Señor:

«Mira, Señor, la mitad de mis bienes se la doy a los pobres; y si he defraudado a alguno, le restituyo cuatro veces más».

Jesús le dijo:

«Hoy ha sido la salvación de esta casa, pues también este es hijo de Abrahán. Porque el Hijo del hombre ha venido a buscar y a salvar lo que estaba perdido».

Reflexión del Evangelio de hoy

“Viejos amigos de Eleazar, lo llevaron aparte... Bien sabe el Señor, que posee la santa sabiduría, que, pudiendo librarme de la muerte, aguanto en mi cuerpo los crueles dolores de la flagelación

En el siglo II a C. Los judíos piadosos se revelaron contra el imperio griego que quería hacerles apostatar de su religión.

Los libros de los Macabeos toman su nombre del cabecilla de la rebelión “Judas Macabeo”. En ellos encontramos varias actas de martirio de personas que prefieren perder la vida antes que quebrantar la Ley de Dios. Son los antepasados y predecesores de los mártires cristianos que durante 20 siglos han dado su vida por seguir a Cristo.

La fidelidad, el amor y el respeto a la santa ley es el mensaje que nos dejan estas lecturas, todas ellas salpicadas de hechos admirables que testifican la vida eterna, verificando que por encima de la muerte de nuestro cuerpo está la salvación de nuestra alma.

El testimonio que nos relatan hoy es el de Eleazar, un anciano venerable “de los principales maestros de la ley” que se resiste a comer alimentos prohibidos por ser de animales impuros, que fueron sacrificados a los ídolos.

En su flagelación vemos un claro paralelismo con Jesús, que pudiendo librarse de la muerte, sufre los dolores con gusto por temor de Dios. También encontramos otro paralelo en el “engaño de los viejos amigos”. En Mt 16, 21-26 Pedro “separa” a Jesús de sus discípulos que acababa de anunciarles su Pasión y muerte; trataba de persuadirle defendiéndole para que no le sucediera nada malo. Ante el escándalo de la cruz siempre encontramos “amigos que, movidos por una compasión ilegítima” tratan de apartar tu vida del plan de Dios, para que no sigas a Jesucristo porque te llevarán a la muerte, pero no saben que después viene la resurrección. A Eleazar, con sus 90 años se le presentó la ocasión de apostatar y actualmente hay mucha apostasía en la Iglesia Católica.

Eleazar no quiso ser piedra de tropiezo para los jóvenes; prefirió morir con dignidad, con valentía, ofreciendo a Dios el último tramo de la historia de su vida, que estuvo siempre dedicada a Él. Maravilloso ejemplo, no solo para sus contemporáneos, sino para nosotros que en muchas ocasiones nos dejamos arrastrar por ideologías o por modas poco o nada cristianas.

Seamos consecuentes con nuestra fe; que el Señor nos sostiene, Él es nuestro escudo y nuestra gloria, no tenemos por qué temer a la insidia y violencia de los que persiguen a la verdad del Evangelio. El testimonio de los mártires es para nosotros un aliciente para que las dificultades no nos aparten del camino emprendido.

"Hoy ha sido la salvación de esta casa; también éste es hijo de Abrahán. Porque el Hijo del hombre ha venido a buscar y a salvar lo que estaba perdido."

En la vocación de Leví, recaudador de impuestos como Zaqueo, Jesús dijo: “He venido a llamar a conversión a los pecadores” (Lc 5,32).

Jesús es el Buen Pastor que busca la oveja perdida, atrae a la extraviada, cura y venda a la enferma (Ez 34, 16).

Pero no todos le acogen con agrado. Algunos murmuraban diciendo: “ha entrado a hospedarse en casa de un pecador”, porque la hospitalidad en aquél tiempo era un deber de cortesía e implicaba una relación de intimidad entre los comensales.

Jesús se autoconvida a casa de Zaqueo. Él no buscaba prosélitos para luego convertirlos a su imagen y semejanza, sino que daba amplio espacio a la libertad. La mirada limpia y gratuita de Jesús convirtió a Zaqueo porque estaba libre de prejuicios, sin aire de superioridad sino llena de amor y tolerancia, sin reprocharle su condición pecadora, preparada para acoger el perdón sincero. Y por eso Zaqueo bajó en seguida para recibir a esa mirada misericordiosa que le pedía entrar en su casa.

Jesús quiere venir a nuestro corazón; Él busca lo pequeño, lo despreciado, lo perdido, lo enfermo. Zaqueo, a pesar de ser rico no era estimado por el pueblo; la gente no le dejaba sitio para ver a Jesús. Además estaba acomplejado por su baja estatura y solo quería satisfacer una mera curiosidad.

Ante la invitación inesperada de Jesús, Zaqueo cambia de conducta pasando de exigente a ser una persona agradecida. Se vació de aquél ansia de acumulación y repartió con generosidad sus bienes con los pobres. Aquel vacío de su corazón lo llenó Jesús con su amistad, con su amor; y para restituir las injusticias que cometió les devuelve cuatro veces más, sobrepasando con mucho lo establecido por la ley. La conversión de Zaqueo duplicó el mal que había hecho transformándolo en bien, porque se siente muy amado. Toda conversión nos lleva a cambiar de vida y a luchar por deshacer las injusticias.

Si nosotros ponemos todo nuestro cariño en el hermano que hemos ofendido restituiremos todo el daño que de nosotros ha recibido y experimentaremos como Zaqueo que “hoy ha llegado la salvación a nuestra casa”. La gracia rebosante de Dios, la prisa, la acogida, la alegría y la buena voluntad traen la salvación a esa casa que lo celebra con una fiesta.

Eso es lo que espera el Señor de nosotros; que cada día podamos recibirlo en la Eucaristía, en la intimidad de la oración, en la escucha de su Palabra, en el hermano necesitado de cariño, de atención, de perdón. Que le abramos el corazón y participemos en la fiesta que trae la salvación. Presentémosle sin temor nuestras pobreza y limitaciones y recibámosle de prisa y con alegría, como Zaqueo, que a pesar de ser pequeño, demostró tener un corazón gigante.



Monasterio Ntra. Sra. de la Piedad - MM. Dominicas
Palencia

Miércoles

18

Nov

2009

Evangelio del día

Trigésima tercera semana del Tiempo Ordinario - Año Impar

“¿Por qué no pusiste mi dinero en el banco?”

Primera lectura

Lectura del segundo libro de los Macabeos 7,1.20-31

En aquellos días, arrestaron a siete hermanos con su madre. El rey los hizo azotar con látigos y nervios para forzarlos a comer carne de cerdo, prohibida por la ley.

En extremo admirable y digna de recuerdo fue la madre, quien, viendo morir a sus siete hijos en el espacio de un día, lo soportó con entereza, esperando en el Señor. Con noble actitud, uniendo un temple viril a la ternura femenina, fue animando a cada uno y les decía en su lengua patria:

«Yo no sé cómo aparecisteis en mi seno: yo no os regalé el aliento ni la vida, ni organicé los elementos de vuestro organismo. Fue el Creador del universo, quien modela la raza humana y determina el origen de todo. Él, por su misericordia, os devolverá el aliento y la vida, si ahora os sacrificáis por su ley».

Antíoco creyó que la mujer lo despreciaba, y sospechó que lo estaba insultando.

Todavía quedaba el más pequeño, y el rey intentaba persuadirlo; más aún, le juraba que si renegaba de sus tradiciones lo haría rico y feliz, lo tendría por Amigo y le daría algún cargo.

Pero como el muchacho no le hacía el menor caso, el rey llamó a la madre y le rogaba que aconsejase al chiquillo para su bien.

Tanto le insistió, que la madre accedió a persuadir al hijo: se inclinó hacia él y, riéndose del cruel tirano, habló así en su idioma patrio:

«Hijo mío, ten piedad de mí, que te llevé nueve meses en el seno, te amamenté y te crié durante tres años, y te he alimentado hasta que te has hecho mozo! Hijo mío, te lo suplico, mira el cielo y la tierra, fíjate en todo lo que contienen, y ten presente que Dios lo creó todo de la nada, y el mismo origen tiene el género humano. No temas a ese verdugo; mantente a la altura de tus hermanos y acepta la muerte. Así, por la misericordia de Dios, te recobraré junto con ellos». Estaba todavía hablando, cuando el muchacho dijo:

«¿Qué esperáis? No obedezco el mandato del rey; obedezco el mandato de la ley dada a nuestros padres por medio de Moisés. Pero tú, que eres el causante de todas las desgracias de los hebreos, no escaparás de las manos de Dios».

Salmo de hoy

Sal 16,1.5-6.8.15 R/. Al despertar, Señor, me saciaré de tu semblante

Señor, escucha mi apelación,
atiende a mis clamores,
presta oído a mi súplica,
que en mis labios no hay engaño. R/.

Mis pies estuvieron firmes en tus caminos,
y no vacilaron mis pasos.
Yo te invoco porque tú me respondes, Dios mío;
inclina el oído y escucha mis palabras. R/.

Guárdame como a las niñas de tus ojos,
a la sombra de tus alas escóndeme.
Yo con mi apelación vengo a tu presencia,
y al despertar me saciaré de tu semblante. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 19,11-28

En aquel tiempo, Jesús dijo una parábola, porque estaba él cerca de Jerusalén y pensaban que el reino de Dios iba a manifestarse enseguida.

Dijo, pues:

«Un hombre noble se marchó a un país lejano para conseguirse el título de rey, y volver después.

Llamó a diez siervos suyos y les repartió diez minas de oro, diciéndoles:

“Negociad mientras vuelvo”.

Pero sus conciudadanos lo aborrecían y enviaron tras de él una embajada diciendo:

“No queremos que este llegue a reinar sobre nosotros”.

Cuando regresó de conseguir el título real, mandó llamar a su presencia a los siervos a quienes había dado el dinero, para enterarse de lo que había ganado cada uno.

El primero se presentó y dijo:

“Señor, tu mina ha producido diez”.

Él le dijo:

“Muy bien, siervo bueno; ya que has sido fiel en lo pequeño, recibe el gobierno de diez ciudades”.

El segundo llegó y dijo:

“Tu mina, señor, ha rendido cinco”.

A ese le dijo también:

“Pues toma tú el mando de cinco ciudades”.

El otro llegó y dijo:

“Señor, aquí está tu mina; la he tenido guardada en un pañuelo, porque tenía miedo, pues eres un hombre exigente que retiras lo que no has depositado y siegas lo que no has sembrado”.

Él le dijo:

“Por tu boca te juzgo, siervo malo. ¿Conque sabías que soy exigente, que retiro lo que no he depositado y siego lo que no he sembrado? Pues ¿por qué no pusiste mi dinero en el banco? Al volver yo, lo habría cobrado con los intereses”. Entonces dijo a los presentes:

“Quitadle a este la mina y dádsela al que tiene diez minas”.

Le dijeron:

“Señor, ya tiene diez minas”.

“Os digo: al que tiene se le dará, pero al que no tiene se le quitará hasta lo que tiene. Y en cuanto a esos enemigos míos, que no querían que llegase a reinar sobre ellos, traedlos acá y degolladlos en mi presencia”».

Dicho esto, caminaba delante de ellos, subiendo hacia Jerusalén.

Reflexión del Evangelio de hoy

Mártires y confesores

Sobresale hoy la estampa de una madre macabea, cuya norma de conducta incluso sobre sus seres más queridos, los hijos, es la voluntad de Dios. Sobresale, porque llevado hasta las últimas consecuencias, “ve morir a sus siete hijos en el espacio de un día por obedecer a Dios antes que a Antíoco IV”, aunque intentó éste seducirlos y conducirlos a lo que él tenía por religión oficial, olvidándose de Yahvé

Sorprendente, admirable y encomiable. Porque conductas de ese tipo no se improvisan; se preparan tratando de mantenerse fieles a la alianza con Dios hasta en los detalles aparentemente insignificantes como el de abstenerse de comer carne prohibida.

“Negociad mientras vuelvo”

Lo importante no es conocer el momento de la llegada del Reino de Dios, o el lugar donde vaya a tener lugar. Esto era lo que preocupaba a algunos de los que acompañaban a Jesús, camino y ya cerca de Jerusalén. Lo importante es lo que hay que hacer mientras se está de camino. “Negociad mientras vuelvo”. Y no sólo lo que hay que hacer sino cómo hay que hacerlo, o sea, la actitud de los que negociamos. Porque, como los empleados de la parábola, nadie debería, cuerdamente, quejarse con nostalgia o envidia de lo recibido. Ellos y nosotros, todos, hemos recibido más de lo que merecemos, pero “para negociar” con elegancia, cordialidad y, si es posible, eficacia.

Dineros y talentos

El Evangelio habla, simbólicamente, de dineros, talentos y minas. Nosotros tenemos hoy otros nombres más acordes con los valores e ideales evangélicos a los que Jesús hace referencia. Se trata de dineros y riquezas, pero no de los que se guardan en los bancos, sino de los que, en forma de cualidades y actitudes, adornan y enriquecen a la persona, y facilitan el proyecto del Reino de Dios. Jesús, otras veces, lo comparó con tesoros escondidos en el campo o perlas preciosas, en cuya consecución se vende cuanto se tiene.

Se trata de compartir el amor de Dios –en todos sus detalles y manifestaciones- con cuantos puedan contactar con nosotros en los caminos de la vida, con respeto hacia los que no piensen como nosotros, pero sin tacañería, con liberalidad y largueza. Sin obsesionarnos nunca en el “cuánto”, aunque negociando siempre según nuestra capacidad. Porque Dios no es ningún ejecutivo agresivo, sino sólo y nada menos que un Padre, deseoso de decirnos: “Pasa al banquete de tu Señor”.



Fray Hermelindo Fernández Rodríguez
(1938-2018)

Jue

19

Nov

2009

Evangelio del día

Trigésima tercera semana del Tiempo Ordinario - Año Impar

“¡Si al menos tú comprendieras en este día lo que conduce a la paz!”

Primera lectura

Lectura del primer libro de los Macabeos 2, 15-29

En aquellos días, los funcionarios reales, encargados de imponer la apostasía, llegaron a Modín para que la gente ofreciese sacrificios, y muchos israelitas acudieron a ellos.

Matatías y sus hijos se reunieron aparte. Los funcionarios del rey tomaron la palabra y dijeron a Matatías:

«Tú eres una persona ilustre, un hombre importante en esta ciudad, y estás respaldado por tus hijos y parientes. Adelántate el primero, haz lo que manda el rey, como lo han hecho todas las naciones; y los mismos judíos, y los que han quedado en Jerusalén. Tú y tus hijos recibiréis el título de Amigos del rey; os premiarán con oro y plata y muchos regalos».

Pero Matatías respondió en voz alta:

«Aunque todos los súbditos del rey le obedezcan apostatando de la religión de sus padres y aunque prefieran cumplir sus órdenes, yo, mis hijos y mis parientes viviremos según la Alianza de nuestros padres. ¡Dios me libre de abandonar la ley y nuestras costumbres! No obedeceremos las órdenes del rey, desviándonos de nuestra religión ni a derecha ni a izquierda».

Nada más decirlo, un judío se adelantó a la vista de todos, dispuesto a sacrificar sobre el ara de Modín, como lo mandaba el rey. Al verlo, Matatías se indignó, tembló de cólera y, en un arrebato de ira santa, corrió a degollar a aquel hombre sobre el ara. Y, acto seguido, mató al funcionario real que obligaba a sacrificar y derribó el ara. Lleno de celo por la ley, hizo lo que Pinjás a Zimrí, hijo de Salu.

Luego empezó a decir a voz en grito por la ciudad:

«Todo el que sienta celo por la ley y quiera mantener la Alianza, que me siga!».

Y se echó al monte, con sus hijos, dejando en la ciudad todo cuanto tenía.

Por entonces, muchos decidieron bajar al desierto para instalarse allí, porque deseaban vivir santamente de acuerdo con el derecho y la justicia.

Salmo de hoy

Sal 49,1-2.5-6.14-15 R/. Al que sigue buen camino le haré ver la salvación de Dios

El Dios de los dioses, el Señor, habla:
convoca la tierra de oriente a occidente.

Desde Sion, la hermosa,
Dios resplandece. R/.

«Congregadme a mis fieles,
que sellaron mi pacto con un sacrificio».

Proclame el cielo su justicia;
Dios en persona va a juzgar. R/.

«Ofrece a Dios un sacrificio de alabanza,
cumple tus votos al Altísimo
e invócame el día del peligro:
yo te libraré, y tú me darás gloria». R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 19, 41-44

En aquel tiempo, al acercarse Jesús a Jerusalén y ver la ciudad, lloró sobre ella, mientras decía:

«Si reconocieras tú también en este día lo que conduce a la paz! Pero ahora está escondido a tus ojos.

Pues vendrán días sobre ti en que tus enemigos te rodearán de trincheras, te sitiarán, apretarán el cerco de todos lados, te arrasarán con tus hijos dentro, y no dejarán piedra sobre piedra. Porque no reconociste el tiempo de tu visita».

Reflexión del Evangelio de hoy

Fieles a la fe

Matatías es un hombre fiel y consecuente con sus creencias. No se deja sobornar ni por el argumento de que “todos lo hacen”, ni por las promesas de ser amigo de los poderosos, ni siquiera por la posibilidad de engrosar sus haberes con oro y plata. Cuando, con la autoridad que le da su coherencia, invita a que le sigan los que quieren también ser fieles, muchos le siguieron.

Al leer esta primera lectura, en la que este hombre es invitado a abdicar de la Alianza de sus padres al precio de tantas promesas, no podemos menos de pensar en nuestra sociedad y en nuestra Iglesia. Hoy se habla mucho de la crisis económica y de la crisis de Dios en nuestro mundo y, no faltan sobornos que perjudican directamente al pueblo y de un modo especial a los más desfavorecidos. También en la Iglesia de Jesús parece que el miedo a ser rechazados, a perder el poder o la autoridad, nos hace, a veces seguir “el camino de todos”, sin valentía para expresar nuestra condición de seguidores de Jesús. Pero, ¡cómo admiramos a las personas que se mantienen firmes en su fe! Ellas son las que, con autoridad, pueden invitar a seguir al de Nazaret con todas las consecuencias.

Reconocer las venidas salvadoras de Dios

¡Cómo nos gusta ver a un Jesús tan humano! Jesús es el hombre sensible que no oculta ni disimula sus sentimientos: Se admira ante la belleza de los lirios del campo...Se conmueve ante el dolor de una viuda...Se sorprende y rompe en alabanzas ante la fe grande de una mujer...y llora al profetizar la desgracia y la destrucción que vendrá sobre su pueblo. Sentir y manifestar sus sentimientos no lo hacen menos hombre, al contrario, lo hacen admirablemente humano.

Jesús llora porque ama mucho a Jerusalén, la ciudad de David., pero anuncia que va a ser destruida porque no ha reconocido el tiempo en que Dios venía a salvarla. El llanto de Jesús es un llanto profético. Jesús veía cómo su deseo de que Jerusalén entendiera los caminos de la paz, no se realizaba. Aquel templo que era el corazón de la religión iba a ser destruido porque en él no reinaba el Dios que quiere una vida más justa y más digna para todos. En él se daba un culto vacío de justicia y de compasión y sólo merecía la destrucción.

Jesús es profundamente humano y profundamente religioso. Como humano llora ante la muerte cruel que le espera. Como hombre religioso, llora la incompreensión y la ceguera de su pueblo.

¡Qué importante que vivamos abiertos a las venidas salvadoras de Dios, con frecuencia, identificado con los más pequeños y desfavorecidos! ¡Si comprendiéramos lo que conduce a la paz! ¡Si fuéramos sensibles para llorar el dolor de los que lloran!



Hna. Belén Eslava Vizcay
Dominica de la Enseñanza. Diplomada en Teología

Vie

20

Nov

2009

Evangelio del día

Trigésima tercera semana del Tiempo Ordinario - Año Impar

“Mi casa es casa de oración.”

Primera lectura

Lectura del primer libro de los Macabeos 4,36-37,52-59

En aquellos días, Judas y sus hermanos propusieron:

«Nuestros enemigos están vencidos; subamos, pues, a purificar el santuario y a restaurarlo».

Se reunió todo el ejército y subieron al monte Sion.

El año ciento cuarenta y ocho, el día veinticinco del mes noveno (es decir, casleu), todos madrugaron para ofrecer un sacrificio, según la ley, en el nuevo altar de los holocaustos que habían reconstruido. Precisamente en el aniversario del día en que lo habían profanado los gentiles, lo volvieron a consagrar, cantando himnos y tocando cítaras, laúdes y timbales. Todo el pueblo se postró en tierra adorando y alabando al Cielo, que les había dado el triunfo.

Durante ocho días celebraron la consagración, ofreciendo con alegría holocaustos y sacrificios de comunión y de alabanza.

Decoraron la fachada del santuario con coronas de oro y escudos. Restauraron también el portal y las dependencias, poniéndoles puertas. El pueblo celebró una gran fiesta, que invalidó la profanación de los gentiles.

Judas, con sus hermanos y toda la asamblea de Israel, determinó que se conmemorara anualmente la nueva consagración del altar con solemnes festejos, durante ocho días a partir del veinticinco del mes de casleu.

Salmo de hoy

1Cro 29,10.11abc.11d-12a.12bed R/. Alabamos tu nombre glorioso, Señor.

Bendito eres, Señor,
Dios de nuestro padre Israel,
por los siglos de los siglos. R/.

Tuyos son, Señor, la grandeza y el poder,
la gloria, el esplendor, la majestad,
porque tuyo es cuanto hay en cielo y tierra. R/.

Tú eres rey y soberano de todo.
De ti viene la riqueza y la gloria. R/.

Tú eres Señor del universo,
en tu mano está el poder y la fuerza,
tú engrandesces y confortas a todos. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 19,45-48

En aquel tiempo, Jesús entró en el templo y se puso a echar a los vendedores, diciéndoles:

«Escrito está: “Mi casa será casa de oración”; pero vosotros la habéis hecho una “cueva de bandidos”».

Todos los días enseñaba en el templo.

Por su parte, los sumos sacerdotes, los escribas y los principales del pueblo buscaban acabar con él, pero no sabían qué hacer, porque todo el pueblo estaba pendiente de él, escuchándolo.

Reflexión del Evangelio de hoy

“La reconstrucción del Templo de Dios”

Para la mentalidad judía, supuso una gran alegría la reconstrucción y consagración del Templo, que había sido profanado y

destruido por los gentiles. Era el símbolo de la presencia de Dios. Está bien esta reconstrucción del Templo y todos los adornos con que se le embellece. Pero mucho más importante que el edificio en sí, es lo que los buenos creyentes realizan en él: adoran, alaban a Dios, le ofrecen sacrificios de comunión, de unión con Dios. Lo fundamental es la relación de amor de Dios con los hombres, la comunicación de Dios con los hombres y de éstos con Dios. Si el Templo deja de cumplir esta misión... se corrompe y pierde su finalidad.

“Mi casa es casa de oración”

Fue lo que sucedió en tiempo de Jesús y es lo que denuncia en el evangelio de hoy: “Mi casa es casa de oración; pero vosotros la habéis convertido en una cueva de bandidos”. Para cumplir su función primera, de lugar de oración, de relación con Dios, Jesús “enseñaba todos los días en el templo”. Nos es fácil sospechar que les hablaba de Dios y todo lo que el Padre le había pedido que les comunicase sobre cómo vivir la existencia humana para llenarla de sentido y de esperanza. En esta ocasión, Jesús encandiló y entusiasmó a sus oyentes tocándoles el corazón e iluminado sus vidas: “el pueblo entero estaba pendiente de sus labios”. Por desgracia, las autoridades, con el corazón endurecido en el que no podía entrar la buena noticia de Jesús, trataban de “quitarlo de en medio”.



Fray Manuel Santos Sánchez O.P.
Convento de Santo Domingo (Oviedo)

Sáb

21
Nov

2009

Evangelio del día

Trigésima tercera semana del Tiempo Ordinario - Año Impar

“Tenemos esperanza en que actuará el Señor.”

Primera lectura

Lectura del primer libro de los Macabeos 6,1-13

En aquellos días, el rey Antíoco recorría las provincias del norte cuando se enteró de que había en Persia una ciudad llamada Elimaida, famosa por su riqueza en plata y oro, con un templo lleno de tesoros: escudos dorados, lorigas y armas depositadas allí por Alejandro el de Filipo, rey de Macedonia, primer rey de los griegos.

Antíoco fue allí e intentó apoderarse de la ciudad y saquearla; pero no pudo, porque los de la ciudad, dándose cuenta de lo que pretendía, salieron a atacarlo.

Antíoco tuvo que huir y emprendió apesadumbrado el viaje de vuelta a Babilonia.

Cuando él se encontraba todavía en Persia, llegó un mensajero con la noticia de que la expedición militar contra Judea había fracasado y que Lisias, que en un primer momento se había presentado como caudillo de un poderoso ejército, había huido ante los judíos; estos, sintiéndose fuertes con las armas, pertrechos y el enorme botín de los campamentos saqueados, habían derribado la abominación de la desolación construida sobre el altar de Jerusalén, habían levantado en torno al santuario una muralla alta como la de antes y habían hecho lo mismo en Bet Sur, ciudad que pertenecía al rey.

Al oír este informe, el rey se asustó y se impresionó de tal forma que cayó en cama y enfermó de tristeza, porque no le habían salido las cosas como quería.

Allí pasó muchos días, cada vez más triste. Pensó que se moría, llamó a todos sus Amigos y les dijo:

«El sueño ha huido de mis ojos y estoy abrumado por las preocupaciones, y me digo: “A qué tribulación he llegado, en qué violento oleaje estoy metido, yo, que era feliz y querido cuando era poderoso! Pero ahora me viene a la memoria el daño que hice en Jerusalén, robando todo el ajuar de plata y oro que había allí, y enviando gente que exterminase sin motivo a los habitantes de Judea. Reconozco que por eso me han venido estas desgracias. Ya veis, muero de tristeza en tierra extranjera”».

Salmo de hoy

Sal 9,2-3.4.6.16.19 R/. Gozaré, Señor, de tu salvación

Te doy gracias, Señor, de todo corazón,
proclamando todas tus maravillas;
me alegro y exulto contigo,
y toco en honor de tu nombre, oh Altísimo. R/.

Porque mis enemigos retrocedieron,
cayeron y perecieron ante tu rostro.
Reprendiste a los pueblos, destruiste al impío
y borraste para siempre su apellido. R/.

Los pueblos se han hundido en la fosa que hicieron,

su pie quedó prendido en la red que escondieron.
Él no olvida jamás al pobre,
ni la esperanza del humilde perecerá. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 20,27-40

En aquel tiempo, se acercaron algunos saduceos, los que dicen que no hay resurrección, y preguntaron a Jesús:

«Maestro, Moisés nos dejó escrito: “Si a uno se le muere su hermano, dejando mujer pero sin hijos, que tome la mujer como esposa y dé descendencia a su hermano». Pues bien, había siete hermanos; el primero se casó y murió sin hijos. El segundo y el tercero se casaron con ella, y así los siete, y murieron todos sin dejar hijos. Por último, también murió la mujer. Cuando llegue la resurrección, ¿de cuál de ellos será la mujer? Porque los siete la tuvieron como mujer».

Jesús les dijo:

«En este mundo los hombres se casan y las mujeres toman esposo, pero los que sean juzgados dignos de tomar parte en el mundo futuro y en la resurrección de entre ¡os muertos no se casarán ni ellas serán dadas en matrimonio. Pues ya no pueden morir, ya que son como ángeles; y son hijos de Dios, porque son hijos de la resurrección.

Y que los muertos resucitan, lo indicó el mismo Moisés en el episodio de la zarza, cuando llama al Señor: “Dios de Abrahán, Dios de Isaac, Dios de Jacob”. No es Dios de muertos, sino de vivos: porque para él todos están vivos».

Intervinieron unos escribas:

«Bien dicho, Maestro».

Y ya no se atrevían a hacerle más preguntas.

Reflexión del Evangelio de hoy

La lectura del evangelio intenta aclarar la resurrección: cómo será y de qué modo piensan que no se realizará. Deja claro que la norma es lo de menos y lo más importante es el AMOR y que ya, desde ahora mismo, empieza el Reino de Dios.

La lectura de los Macabeos nos garantiza el triunfo ante nuestros enemigos. Podemos ver un hombre que ya en el final de sus días ve que la codicia le ha llevado a la destrucción. Con esta lectura damos cuenta que nosotros somos el pueblo de Dios y tenemos grandes “enemigos” que al igual que al pueblo judío quieren también dejarnos sin nuestra mayor riqueza: la de poder ser todos uno en Cristo. El mayor de nuestros enemigos es el pecado, la soberbia, el egoísmo..., y como en la lectura, tenemos la esperanza de que nosotros podemos hacernos fuertes e invencibles en nuestra tierra, es decir fuertes en Cristo y ante nuestros enemigos por poderosos que éstos sean.

El salmo habla de la exaltación de gozo que desde dentro de cada uno brota cuando, unidos a Dios, tenemos la seguridad de que nada ni nadie nos podrá enfrentar. Vemos que los textos bíblicos siempre pueden actualizarse y las situaciones son semejantes a las de entonces. Es al mismo tiempo un reflejo de nuestra esperanza en el Día del Señor y pone en boca de aquellos que lo recitan con sinceridad expresiones de agradecimiento, de seguridad y sobre todo expresan la convicción de sentirnos amados y protegidos por Dios. Las palabras del Salmo nos muestran un amoroso/a padre-madre, con una fuerza descomunal. ¡Si con estas palabras pudiésemos confeccionar una hamaca, esta sería el lugar ideal para echar la siesta!

Finalmente, el evangelio nos aclara la resurrección: como será y como no será. Señala que la norma es lo de menos y lo más importante es el AMOR, y ya desde ahora empieza el Reino de Dios. La lectura del evangelio nos presenta dos figuras. Una, la mujer que podría representar a cualquiera de nosotros, a nuestro yo esencial con lo que tenemos de Dios; y la segunda figura son los hermanos, que nos hablan de los diferentes momentos de nuestra vida que vamos atravesando impregnados de nuestros afanes; porque nuestros actos provocan crecimiento, con mis actos y mi vida elijo o no la luz. Así se van sucediendo los distintos momentos de nuestra vida: pasamos el primero y no hay nada ni bueno ni malo en sí, sino que hay decisiones constructivas o destructivas, pero finalmente no damos los frutos que nos habíamos propuesto dar y así sucesivamente. Cuando resucitemos ¿cuál será la etapa con la que nos quedemos? ¿Cuál de nuestros empeños por haber sido fructífero será el que nos acompañe eternamente? Pero Jesús nos aclara que resucitaremos con toda nuestra historia vivida pero no para vivirla otra vez, pues ya no necesitaremos dar ningún fruto. Cada uno de nosotros, como personas e hijos e hijas de Dios y nuestro trabajo por hacer de nosotros tierra fértil será Santo ante Dios a pesar de no haber conseguido ese fruto deseado. El verdadero fruto de las etapas de nuestro existir, el hijo que en vida no consiguió tener la mujer de esta historia es el humilde empeño en el deseo de conseguirlo, puesto en manos del Señor, que lo acoge con alegría.

En la resurrección (al amanecer), al igual que la mujer de esta historia, conseguiremos dar a luz un hijo fruto de todos los momentos de nuestra vida: encontraremos lo que buscamos, pues para Dios nadie es estéril y toda vivencia humana es importante, única e irrepetible.



Comunidad El Levantazo
Valencia

